

¡QUÉ MARAVILLA... UN ANIMAL!

Aminta Limón Blanco

Cuento

Recibido el 14 de junio de 2023. Aceptado el 26 de agosto de 2023. Publicado el 15 de diciembre de 2023.

En un lugar cerca del mar vivía Emiliano, el niño pasaba muchas tardes buscando conchas y caracoles, correteando cangrejos y atrapando estrellas de mar.

Amaba a los animales, le gustaban mucho, disfrutaba atrapándolos para así poder ver bien sus formas, sus brillantes colores, su número de patas y forma de ojos, lo suave o lo áspero de su piel o de su pelo.

Le interesaba saber si se bañaban o no, si tenían dientes o no, cómo se desplazaban y dónde dormían.

Todos los animales le parecían fascinante: conocía el hábitat de todos ellos, qué comían y cómo nacían, ¡era un gran investigador!.

Y sucedió que un día oyó en las noticias que una inmensa ballena franca había quedado atrapada en el hielo en el Atlántico Norte.

Emiliano había realizado investigaciones en torno a las ballenas y le parecían animales maravillosos, y era un frío invierno y el niño sabía que si no lograban que quedara libre, moriría, ya que las ballenas almacenan toda la comida del año durante el verano y el otoño.

Mucha de la energía es almacenada en forma de grasa, que las ballenas consumen en las largas migraciones hacia los lugares de reproducción invernal. Entonces, atrapada, tratando de escapar, consumiría la energía de su cuerpo y además, las ballenas se encuentran en movimiento toda su vida, ¡no soportaría el cautiverio por mucho tiempo, moriría sin remedio!.

Emiliano estaba dispuesto a luchar para dejar libre a la gigantesca criatura de los mares.





Por lo que el niño rápidamente encontró la solución: tomaría un pez vela cortando el oleaje a toda velocidad llegaría hasta donde la ballena estaba atrapada. Montándose en él, se dirigió al lugar preciso, y al llegar encontró a la ballena fatigada y cansada, pues había tratado de escapar, ¡fallaron todos sus intentos, estaba rendida! No lograba quebrar el hielo.

Por una fracción de segundos a Emiliano le pareció que la ballena fijaba su mirada en la suya, mirándolo con confianza.

Y el niño, hablándole quedo al oído, la consoló:

- No temas, nada te va a pasar, mis amigos y yo te vamos a liberar. He traído un pez espada, un pez martillo, un pez sierra y un pulpo. Liberarte es cuestión de táctica y lo vamos a lograr.

Emiliano, dirigía la maniobra y ayudado por los peces, se pusieron a trabajar. El pez espada, pasa casi toda su vida en las aguas profundas, es uno de los más rápidos entre los peces y llega a pesar hasta 170 kilogramos. Y mientras se hundía en el agua, el pez sacudía la cabeza dando cabezazos y agitando su imponente espada, emergió con los músculos tensos, tirando dentelladas, dispuesto a romper con su enorme fuerza el hielo.

Al mismo tiempo, el pulpo, que posee ocho brazos con dos filas de ventosas en cada uno de ellos y que se caracteriza por tener un cerebro bien desarrollado, pensó que lo mejor era sumergirse y ver con sus grandes ojos dónde se había atorado la ballena, ya que él conoce perfectamente los agujeros y los fondos rocosos del océano, y con la ayuda del pez sierra, que tiene hasta veinte pares de dientes en su afilada sierra, dando cuchilladas adelante y atrás, rompería el hielo, y él movería rocas y trozos de hielo. Y finalmente, el pez martillo con sus sofisticados sentidos y su cabeza chata llena de sensores y receptores podría captar hasta qué profundidad estaba atorada la ballena.

¡El equipo estaba completo! Y se pusieron manos a la obra. Y así, cortando, golpeando y jalando el hielo y las rocas, siempre bajo el ojo avisador y la supervisión de Emiliano, ¡la ballena quedó libre! ¡La batalla había terminado!

El equipo, exhausto, pero satisfecho, estaba feliz. La victoria para Emiliano y sus amigos fue total.

Al atardecer la paz regresó a las aguas profundas del mar. Y a lo lejos se pudo ver al más vigoroso nadador de los mares apurándose a llegar con su manada.

Como si quisiera dar las gracias, la ballena expulsó el aire de sus pulmones lanzando su característica fuente de agua tibia y cristalina.

Emiliano escuchó su misterioso canto.

